



Katherine Mansfield

La Casa de
Muñecas

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CASA DE MUÑECAS

KATHERINE MANSFIELD

PUBLICADO: 1922
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA CASA DE MUÑECAS

Cuando la buena de Mrs. Hay regresó a la ciudad, después de pasar una temporada con los Burnell, les envió a los niños una casa de muñecas. Era tan grande que el carretero y Pat la metieron en el patio, y allí se quedó, apoyada sobre dos cajones de madera junto a la puerta del cuarto del puenso. No podía pasar nada malo; era verano. Y a lo mejor el olor a pintura se habría disipado para cuando hubiera que meterla en casa. Porque, la verdad, el olor a pintura que salía de aquella casa de muñecas («Qué amable la buena de Mrs. Hay, desde luego; ¡amabilísima y generosísima!»)... pero el olor a pintura era más que suficiente para poner gravemente enfermo a cualquiera, en opinión de la tía Beryl. Y eso antes incluso de que le quitaran la arpillera. Y cuando se la quitaron...

Allí estaba la casa de muñecas, de un verde espinaca oscuro y aceitoso, realzado con un amarillo vivo. Sus dos macizas chimeneas, pegadas al tejado, estaban pintadas de rojo y blanco, y la puerta, reluciente de barniz amarillo, parecía una tableta de caramelo. Cuatro ventanas, ventanas de verdad, estaban divididas en cristales por una ancha franja verde. Había incluso un porche minúsculo, también pintado de amarillo, con gruesos pegotes de pintura cuajada colgando del borde.

¡Pero qué casita más perfecta, más perfecta! ¿A quién podía importarle el olor? Formaba parte de la dicha, parte de la novedad.

— ¡Que alguien la abra, deprisa!

El gancho del costado estaba atascado. Pat lo forzó con su navaja, y todo el frente de la casa se abrió hacia atrás, y... ahí estabas tú, contemplando en

un mismo instante el salón y el comedor, la cocina y dos dormitorios. ¡Así es como debe abrirse una casa! ¿Por qué no se abren así todas las casas? ¡Cuánto más emocionante que atisbar por la rendija de una puerta un mísero recibidor con un perchero y dos paraguas! Eso es... ¿verdad?... lo que anhelas saber de una casa cuando pones la mano en la aldaba. Tal vez sea así como Dios abre las casas en plena noche, cuando sale a dar un tranquilo paseo con un ángel...

— ¡Oh! ¡Oh! — exclamaron los niños Burnell como si estuvieran desesperados. Era demasiado maravilloso; era demasiado para ellos. Jamás en su vida habían visto nada igual. Todas las habitaciones estaban empapeladas. Había cuadros en las paredes, pintados sobre el papel, con marcos dorados y todo. Una alfombra roja cubría todos los suelos menos el de la cocina; sillitas de felpa roja en el salón, verdes en el comedor; mesas, camas con ropa de cama de verdad, una cuna, una estufa, un aparador con platitos y una jarra grande. Pero lo que más le gustaba a Kezia, lo que le gustaba con locura, era la lámpara. Estaba en el centro de la mesa del comedor, una exquisita lamparita de ámbar con una tulipa blanca. Estaba incluso llena, lista para encenderse, aunque, claro, no se podía encender. Pero dentro había algo que parecía aceite, y que se movía cuando la agitabas.

Las muñecas que hacían de padre y madre, despatarradas muy tías como si se hubieran desmayado en el salón, y sus dos hijos pequeños dormidos arriba, resultaban en realidad demasiado grandes para la casa de muñecas. No parecían pertenecer a ella. Pero la lámpara era perfecta. Parecía sonreírle a Kezia, parecía decir: «Yo vivo aquí». La lámpara era de verdad.

A la mañana siguiente, los niños Burnell apenas podían ir lo bastante deprisa a la escuela. Ardían en deseos de contárselo a todo el mundo, de describirla, de... en fin... de presumir de su casa de muñecas antes de que sonara la campana.

— Yo seré quien lo cuente — dijo Isabel —, porque soy la mayor. Y vosotras dos podéis intervenir después. Pero yo lo cuento primero.

No había nada que responder. Isabel era mandona, pero siempre tenía razón, y Lottie y Kezia conocían de sobra los poderes que confería ser la mayor. Se abrieron paso entre los espesos botones de oro del borde del camino sin decir nada.

— Y yo seré quien elija quién viene a verla primero. Mamá me ha dicho que puedo.

Porque se había acordado que, mientras la casa de muñecas estuviera en el patio, podrían invitar a las niñas de la escuela, de dos en dos, a venir a verla. No a quedarse a merendar, por supuesto, ni a deambular por toda la casa. Solo a estar quietas en el patio mientras Isabel señalaba las maravillas, y Lottie y Kezia ponían cara de satisfacción...

Pero por mucho que se dieran prisa, cuando llegaron a la empalizada alquitranada del patio de los chicos, la campana ya había empezado a sonar. Apenas tuvieron tiempo de quitarse el sombrero de un tirón y ponerse en fila antes de que pasaran lista. No importaba. Isabel trató de compensarlo dándose aires de gran importancia y misterio y susurrándoles a las niñas que tenía cerca, tapándose la boca con la mano: «Tengo algo que contaros en el recreo».

Llegó el recreo e Isabel se vio rodeada. Las niñas de su clase casi se peleaban por rodearla con los brazos, por llevársela aparte, por sonreírle con adulación, por ser su amiga del alma. Tenía toda una corte bajo los enormes pinos del costado del patio. Dándose codazos, riéndose juntas por lo bajo, las niñas se apretujaban a su alrededor. Y las dos únicas que se quedaron fuera del corro fueron las dos que siempre quedaban fuera, las pequeñas Kelvey. Sabían muy bien que no debían acercarse a los Burnell.

Porque el caso era que la escuela a la que iban los niños Burnell no era ni mucho menos la clase de sitio que sus padres habrían elegido de haber tenido elección. Pero no la había. Era la única escuela en kilómetros a la redonda. Y la consecuencia era que todos los niños del vecindario — las niñas del juez, las hijas del médico, los hijos del tendero, los del lechero — se veían obligados a mezclarse. Por no hablar de que había también un número equivalente de chiquillos groseros y toscos. Pero en algún sitio había que trazar la raya. Se trazaba en las Kelvey. A muchos de los niños, incluidos los Burnell, ni siquiera se les permitía hablar con ellas. Pasaban junto a las Kelvey con la nariz muy alta, y como marcaban la pauta en todo lo relativo al comportamiento, las Kelvey eran rechazadas por todos. Hasta la maestra tenía una voz especial para ellas, y una sonrisa especial para los demás niños cuando Lil Kelvey se acercaba a su mesa con un ramo de flores de aspecto espantosamente vulgar.

Eran las hijas de una lavandera menuda, vivaracha y trabajadora, que iba de casa en casa por días. Aquello ya era bastante terrible. ¿Pero dónde estaba Mr. Kelvey? Nadie lo sabía a ciencia cierta. Pero todo el mundo decía que estaba en la cárcel. Así que eran las hijas de una lavandera y de un presidiario. ¡Vaya compañía para los hijos de los demás! Y lo parecían. Por qué Mrs. Kelvey las hacía tan llamativas era difícil de entender. La verdad era que iban vestidas con los «retales» que le regalaba la gente para la que trabajaba. Lil, por ejemplo, que era una niña robusta y feúcha, con grandes pecas, iba a la escuela con un vestido hecho de un mantel verde de sarga de los Burnell, con mangas de felpa roja sacadas de las cortinas de los Logan. Su sombrero, encaramado en lo alto de su frente despejada, era el sombrero de una mujer adulta, otrora propiedad de Miss Lecky, la administradora de correos. Estaba levantado por detrás y adornado con una gran pluma escarlata. ¡Menudo adefesio parecía! Era imposible no reírse. Y su hermana pequeña, nuestra Else, llevaba un vestido largo y blanco, parecido a un camisón, y un par de botas de niño. Pero, llevara lo que llevara, nuestra Else habría tenido siempre un aspecto extraño. Era una criatura diminuta y quebradiza como una espoleta, con el pelo cortado al rape y unos ojos enormes y solemnes... un pequeño búho blanco. Nadie la había visto nunca sonreír; apenas hablaba. Iba por la vida agarrada a Lil, con un trozo de la falda de Lil retorcido en la mano. Adonde iba Lil, allá iba nuestra Else. En el patio, en el camino de ida y vuelta a la escuela, allí estaba Lil marchando delante y nuestra Else agarrada detrás. Solo cuando quería algo, o cuando se quedaba sin aliento, nuestra Else le daba a Lil un tirón, un meneo, y Lil se detenía y se volvía. Las Kelvey nunca dejaban de entenderse. Ahora rondaban por el borde; no había forma de impedir que escucharan. Cuando las niñas se volvían y las miraban con desdén, Lil, como de costumbre, esbozaba su sonrisa boba y avergonzada, pero nuestra Else se limitaba a mirar.

Y la voz de Isabel, tan ufana, seguía y seguía con su relato. La alfombra causó gran sensación, pero también las camas con ropa de cama de verdad, y la estufa con la puerta del horno.

Cuando terminó, Kezia la interrumpió.

—Te has olvidado de la lámpara, Isabel.

—Ah, sí —dijo Isabel—, y hay una lamparita pequeñísima, toda de cristal amarillo, con una tulipa blanca, que se pone encima de la mesa del

comedor. No la distinguirías de una de verdad.

—La lámpara es lo mejor de todo —exclamó Kezia.

Le parecía que Isabel no le daba ni la mitad de importancia que merecía a la lamparita. Pero nadie le hizo caso. Isabel estaba eligiendo a las dos que volverían con ellas aquella tarde a verla. Eligió a Emmie Cole y a Lena Logan. Pero cuando las demás supieron que todas tendrían su oportunidad, no sabían cómo ser lo bastante amables con Isabel. Una tras otra le pasaban el brazo por la cintura y se la llevaban a pasear. Tenían algo que susurrarle, un secreto. «Isabel es mi amiga».

Solo las pequeñas Kelvey se apartaron, olvidadas; ya no había nada más que pudieran oír.

Pasaron los días, y a medida que más niños veían la casa de muñecas, su fama se extendía. Se convirtió en el único tema, en el furor del momento. La única pregunta era: «¿Has visto la casa de muñecas de los Burnell?». «¡Ay, qué preciosa!». «¿No la has visto? ¡No me digas!».

Hasta la hora de comer se dedicaba a hablar de ella. Las niñas se sentaban bajo los pinos a comer sus gruesos bocadillos de cordero y grandes rebanadas de torta de maíz untadas de mantequilla. Y siempre, lo más cerca que podían, se sentaban las Kelvey, nuestra Else agarrada a Lil, escuchando también, mientras masticaban sus bocadillos de mermelada envueltos en un periódico empapado de grandes lamparones rojos.

—Mamá —dijo Kezia—, ¿no puedo invitar a las Kelvey, aunque sea una sola vez?

—Desde luego que no, Kezia.

—¿Pero por qué no?

—Anda, vete, Kezia; sabes de sobra por qué no.

Por fin todo el mundo la había visto menos ellas. Aquel día el tema decayó un poco. Era la hora de comer. Las niñas estaban juntas bajo los pinos y, de repente, al mirar a las Kelvey comiendo de su periódico, siempre solas, siempre escuchando, les entraron ganas de ser crueles con ellas. Emmie Cole inició el susurro.

—Lil Kelvey va a ser criada cuando sea mayor.

— ¡Aaay, qué horror! —dijo Isabel Burnell, y le lanzó una mirada cómplice a Emmie.

Emmie tragó saliva de un modo muy significativo y le hizo a Isabel un gesto de asentimiento, como le había visto hacer a su madre en tales ocasiones.

— Es verdad... es verdad... es verdad —dijo.

Entonces los ojillos de Lena Logan centellearon.

— ¿Le pregunto? —susurró.

— A que no te atreves —dijo Jessie May.

— Bah, no me da miedo —dijo Lena.

De pronto soltó un chillido y se puso a bailar delante de las demás niñas.

— ¡Mirad! ¡Miradme! ¡Miradme ahora! —dijo Lena. Y resbalando, deslizándose, arrastrando un pie, riéndose tapándose la boca con la mano, Lena se acercó a las Kelvey.

Lil levantó la vista de su comida. Envolvió a toda prisa lo que le quedaba. Nuestra Else dejó de masticar. ¿Qué iba a pasar ahora?

— ¿Es verdad que vas a ser criada cuando seas mayor, Lil Kelvey? — chilló Lena.

Silencio sepulcral. Pero, en vez de contestar, Lil se limitó a esbozar su sonrisa boba y avergonzada. No pareció importarle la pregunta lo más mínimo. ¡Vaya chasco para Lena! Las niñas empezaron a soltar risitas.

Lena no pudo soportarlo. Se puso en jarras; se lanzó hacia delante.

— ¡Hala! ¡Tu padre está en la cárcel! —siseó con saña.

Aquello fue algo tan maravilloso de decir que las niñas salieron corriendo en tropel, profunda, profundamente exaltadas, locas de alegría. Alguien encontró una cuerda larga y se pusieron a saltar. Y jamás saltaron tan alto, ni entraron y salieron tan rápido, ni hicieron cosas tan atrevidas como aquella mañana.

Por la tarde, Pat vino a buscar a los niños Burnell con la calesa y volvieron a casa. Había visitas. Isabel y Lottie, a las que les gustaban las visitas, subieron a cambiarse los delantales. Pero Kezia se escabulló por la

parte de atrás. No había nadie alrededor; se puso a columpiarse en el gran portón blanco del patio. Al cabo de un rato, mirando camino abajo, vio dos puntitos. Crecían, venían hacia ella. Ahora distinguía que uno iba delante y otro pegado detrás. Ahora distinguía que eran las Kelvey. Kezia dejó de columpiarse. Se deslizó y bajó del portón como si fuera a echar a correr. Luego titubeó. Las Kelvey se acercaron, y a su lado caminaban sus sombras, larguísimas, que cruzaban el camino de lado a lado con las cabezas hundidas en los botones de oro. Kezia volvió a trepar al portón; había tomado una decisión; se balanceó hacia fuera.

—Hola —les dijo a las Kelvey al pasar.

Se quedaron tan pasmadas que se detuvieron. Lil esbozó su sonrisa boba. Nuestra Else se quedó mirando.

—Podéis venir a ver nuestra casa de muñecas si queréis —dijo Kezia, y arrastró la punta del pie por el suelo.

Pero al oír aquello Lil se puso colorada y negó rápidamente con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Kezia.

Lil tomó aire y luego dijo:

—Tu madre le dijo a la nuestra que no teníais que hablar con nosotras.

—Ah, bueno —dijo Kezia. No sabía qué responder—. No importa. Podéis venir a ver nuestra casa de muñecas de todos modos. Venga. No mira nadie.

Pero Lil negó con la cabeza aún con más fuerza.

—¿No queréis? —preguntó Kezia.

De pronto hubo un meneo, un tirón en la falda de Lil. Se volvió. Nuestra Else la miraba con grandes ojos suplicantes; estaba frunciendo el ceño; quería ir. Por un instante Lil miró a nuestra Else con mucha duda. Pero entonces nuestra Else volvió a darle un tirón a la falda. Echó a andar hacia delante. Kezia abrió la marcha. Como dos gatitas callejeras, la siguieron por el patio hasta donde estaba la casa de muñecas.

—Ahí está —dijo Kezia.

Hubo una pausa. Lil respiraba ruidosamente, casi resoplaba; nuestra Else estaba quieta como una piedra.

—Os la abro —dijo Kezia con amabilidad.

Soltó el gancho y miraron dentro.

—Ahí está el salón, y el comedor, y eso es el...

—¡Kezia!

¡Ay, qué susto se llevaron!

—¡Kezia!

Era la voz de la tía Beryl. Se volvieron. En la puerta de atrás estaba la tía Beryl, mirando como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Cómo te atreves a meter en el patio a las pequeñas Kelvey? —dijo su voz fría y furiosa—. Sabes tan bien como yo que no tienes permitido hablar con ellas. Marchaos, niñas, marchaos ahora mismo. Y no volváis nunca más —dijo la tía Beryl. Y entró en el patio y las espantó como si fueran gallinas.

—¡Fuera de aquí inmediatamente! —gritó, fría y altiva.

No hubo que decírselo dos veces. Ardiendo de vergüenza, encogidas la una contra la otra, Lil avanzando encorvada como su madre, nuestra Else aturdida, como pudieron cruzaron el gran patio y se escurrieron por el portón blanco.

—¡Niña malvada y desobediente! —le dijo la tía Beryl a Kezia con amargura, y cerró de golpe la casa de muñecas.

La tarde había sido espantosa. Había llegado una carta de Willie Brent, una carta aterradora y amenazante, que decía que, si no se reunía con él aquella noche en Pulman's Bush, ¡se presentaría en la puerta principal a pedir explicaciones! Pero ahora que había asustado a aquellas ratitas de las Kelvey y le había echado una buena reprimenda a Kezia, sentía el corazón más ligero. Aquella espantosa opresión había desaparecido. Volvió a la casa tarareando.

Cuando las Kelvey se hubieron perdido de vista de la casa de los Burnell, se sentaron a descansar en un gran tubo de desagüe rojo, al borde del camino. A Lil aún le ardían las mejillas; se quitó el sombrero de la pluma y

lo sostuvo sobre la rodilla. Con la mirada perdida, contemplaron los prados de heno, más allá del arroyo, hasta el grupo de acacias donde las vacas de los Logan esperaban a que las ordeñaran. ¿En qué pensarían?

Al cabo de un rato, nuestra Else se arrimó a su hermana. Pero ya se había olvidado de la señora gruñona. Estiró un dedo y acarició la pluma de su hermana; sonrió con su rara sonrisa.

—He visto la lamparita —dijo en voz baja.

Después, las dos volvieron a quedar en silencio.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB